



La memoria colectiva en la sociedad navarra de posguerra: procesos y rituales para el recuerdo de las víctimas franquistas

Ester Casanova Nuez

La memoria colectiva de la guerra civil española siempre ha sido estudiada y analizada desde el consenso de la transición, como si toda ella hubiera evolucionado hasta converger en este punto. Es ante todo una visión política. Fue en 1964, con la conmemoración de los veinticinco años de «paz civil» cuando el régimen franquista quiso fundamentar su legitimidad en la paz y no en la victoria conseguida por las armas. Pero hasta ese año había tenido tiempo para crear una memoria histórica y había marcado la mentalidad de dos generaciones. Los rituales, los discursos, ... habían pasado a formar parte de lo cotidiano y las ideas que se transmitían estaban integradas en la cultura de un pueblo. Además de tiempo, el régimen había tenido a su disposición la totalidad de los medios: prensa, cine, educación, fiestas, santorales, ... para llegar a lo más profundo de la sociedad.

En la construcción de la memoria colectiva, de grupo, de pueblo, de la memoria política de un estado, intervienen muchos factores y éstos no cambian tan rápido como los discursos políticos, ya que muchas veces requiere cuestionar fundamentos de la propia vida. Son herencias que se van erosionando a veces por entrar en conflicto con otras generaciones, con evoluciones sociales o económicas, pero que también se mantienen y están detrás de comportamientos, miedos y actitudes ante la existencia y las relaciones con los demás, que a veces sufrimos o nos sorprenden, tanto en la vida pública como privada. La familia, el contexto social, la religiosidad, el tipo de educación recibida, todo influye en la memoria individual. Pero la memoria colectiva no es la suma de las individuales, es una construcción en torno al pasado que crea identidades de grupo; su utilidad política es evidente. Los cambios en los discursos políticos son fáciles de seguir, pero lo importante es saber cómo y cuándo comienzan a ejercer influencia sobre la población, en qué generación comienzan a perder vigencia los anteriores esquemas y en qué grado permanecen.¹

La utilización e institucionalización del recuerdo fueron introducidas, entre otros cauces, por medio de las fiestas, celebraciones y rituales que marcaban el tiempo y daban cohesión a la comunidad. Dentro del estado surgido de la guerra civil se impusieron nuevas festividades, se conmemoraron nuevos hechos históricos que marcarían en la percepción del presente y de la propia historia. Algunos enlazarían con tradiciones y devociones anteriores, otros se harían un hueco en el imaginario colectivo.²

No pretendemos analizar todos los vehículos de conformación de la memoria; sólo los que dejaron su huella en el paisaje. Durante la posguerra se construyeron espacios y lugares especiales para el recuerdo de las víctimas de la guerra. Alrededor de ellos se desarrollaron una serie de rituales con la participación de toda la comunidad. En el franquismo toda manifestación tiene una trascendencia política y las ceremonias en recuerdo de las víctimas encuadran y politizan a la población sirviendo además como muestra de adhesión al régimen. La división de la sociedad será remarcada en todos los discursos en las inauguraciones de los monumentos, misas de difuntos, días de la victoria, y por supuesto testimonios y literatura de la época recuerdan a los caídos del bando «nacional» frente a la «barbarie roja». Alrededor de los monumentos se irá desarrollando una nueva memoria colectiva. Por su simbología dejan de ser meras estelas o cruces de piedra, mereciendo nuestro análisis por su papel en la creación de la memoria colectiva.³

Todos los países levantan monumentos a sus héroes de guerra. La construcción del pasado, dando unas determinadas lecturas de los hechos y relegando a segundo plano a algunos protagonistas, para marcar las directrices alrededor de las cuales se creen identidades, es una forma de fortalecer al estado, sea este una monarquía, una democracia liberal, una república, ...⁴ Siempre que se alzan son momentos trágicos, en los que la sociedad sufre y es victoriosa al mismo tiempo. En España, además de esas dos características, existe una más terrible, profundizan la fractura social, porque conmemoran la victoria de unos sobre otros tras haber sufrido una guerra civil. La memoria que estudiamos estará marcada por el miedo, el odio y el olvido que sufría la sociedad española de posguerra.

El miedo es uno de los condicionantes de la vida cotidiana durante la posguerra. Está presente evidentemente entre los vencidos, una parte de la población que deberá permanecer

en silencio, entre aquellos que habían tenido algún familiar con ideas republicanas o sindicales que pudiera salpicar su expediente a los ojos del régimen. Pero algunas veces se hace hueco también entre las filas de los vencedores. Es difícil mostrar la disconformidad con lo que era ordenado. La resistencia o la disidencia debió hacerse de forma queda, en signos pequeños dentro de la cotidianidad. En un estado represivo el miedo es uno de los sentimientos compartidos por la mayoría de la población. Agudizado este sentimiento por el odio que desató la guerra y posteriormente las ansias de venganza que proporcionó la victoria. Se querían marcar las distancias, eran dos mundos irreconciliables que en el mundo rural se movían en muy pequeño espacio, juntos, a veces relacionados por parentesco o amistad. Además la denuncia sostenía la represión, que era uno de los pilares del régimen. Todo el mundo podía ser denunciado, por supuesto aquéllos que tenían un pasado izquierdista o algún tipo de comportamiento no bien visto en su vida pública o privada. Nos enfrentamos aquí al tema de la colaboración con el régimen que desde la perspectiva de la memoria viene relacionada con la necesidad de muchas personas de recibir un reconocimiento por parte del régimen y por lo tanto mantienen su discurso.

La tercera característica a la que hacíamos referencia era el vacío. Toda memoria tiene ausencia y el primer olvido de esta memoria institucionalizada será el de los fusilados del bando republicano. Las otras memorias, la republicana, la anarquista,... quedan anuladas. Esta será una de las grandes deudas con nuestro pasado que siempre chocará con muchas dificultades para subsanarse. Pero volviendo a los años que nos ocupan, en la posguerra el derecho al duelo sólo fue otorgado a una parte de la sociedad, la que aquí es objeto de estudio. Nuevamente se evidencia la división entre vencedores y vencidos. Las estelas sólo recordarán a unos mientras los otros, no existen. Algunos de los voluntarios y soldados republicanos que se fueron al exilio y que siguieron luchando en la Segunda Guerra Mundial a la que no tuvieron la suerte de sobrevivir, encontrarán en el mejor de los casos el recuerdo de una muerte heroica en algún cementerio francés.⁵

Navarra: Construcción de memoria

En Navarra triunfó la sublevación desde el primer momento y esto hizo que, tras la victoria franquista, fuera laureada y puesta como ejemplo para toda la nación española. Javier Ugarte habla de 9.945 voluntarios en Pamplona y 971 en Vitoria que se consolidaron en los primeros días de la guerra como parte del ejército sublevado. Desde el principio los requetés y tradicionalistas navarros que empuñaron las armas acudiendo a otras ciudades donde había conatos de oposición interna, como en la capital aragonesa, y se trasladaron a múltiples frentes teniendo un importante protagonismo hasta el final de la contienda. En Zaragoza, la población movilizada inmediatamente después del golpe se acerca a 9.000 personas de las cuales 2.000 eran requetés llegados de Navarra.⁶ Todos ellos serán protagonistas de la «gesta heroica» del franquismo. Navarra, dentro del discurso franquista simbolizaba el verdadero espíritu de la «cruzada» comenzada por los insurgentes tras julio de 1936. El carlismo, el profundo catolicismo de la población y el tradicionalismo imperante era mostrado como la esencia del espíritu navarro y también por extensión de lo que debía ser el verdadero español. Con él se representaba lo que había buscado la imaginación franquista para el territorio nacional.

En sus pueblos y ciudades no se vivió la revolución, ni se fusilaron en la retaguardia, a manos de las milicias, a los labradores más ricos, jornaleros conservadores, sacerdotes... Sus iglesias no ardieron, pero el anticlericalismo impactó profundamente en la religiosidad navarra haciendo que algunas personas se colocaran en la retaguardia delante de un convento, fusil en mano, para proteger a las religiosas de un posible ataque. Estas actitudes ilustran como el discurso del régimen conectó sus nuevas construcciones con los miedos procesados por una parte de la población. El anticlericalismo fue visto como una amenaza, era vivido como algo que ocurría en la zona republicana del que tenían conocimiento por medio de la prensa franquista, de las noticias que les llegaban del frente. La República, que había derrocado a la monarquía alfonsina pasó a ser desaprobada enérgicamente cuando se produjeron las primeras quemaduras de conventos, por supuesto fuera de Navarra, pero donde al igual que en el resto de la nación los sacerdotes eran insultados por algunos grupos en las plazas públicas o a su paso por las calles... era un anticlericalismo latente, intolerable dentro de una concepción católica del estado. La religión fue uno de los puntos de ruptura, como diría Ronald Fraser, que se pondrían en cuestión durante la II República y que haría que muchas personas, no sólo en Navarra, se unan por su religiosidad al bando de los sublevados.⁷ Desde el discurso franquista, los requetés que murieron por España. Tal como cantaban en su himno mandaban un mensaje al cielo, que la guerra que se estaba fraguando en España era del bien contra el mal. Y también para el resto de la ciudadanía, identificando el catolicismo con el bando «nacional».

La guerra misma fue concebida como un ataque a la religión que ellos y sus padres, desde siempre, habían procesado. La forma de contar el sentido y los orígenes de la guerra por parte del régimen será asumida por esta población civil, no sólo los ex-combatientes, sino también sus familiares, acogerán de buen grado la versión franquista porque da significado a sus pérdidas, sentido a su sufrimiento y a la lucha en la que habían tomado partido y además porque el discurso no rompía con algunas de sus tradiciones culturales. En el discurso franquista Navarra sería presentada como la cuna de la nueva reconquista española, la Nueva Covadonga, de donde partirían los ejércitos para luchar contra los infieles que por supuesto eran los republicanos.⁸

La guerra civil fue percibida por muchos carlistas como una continuidad de las guerras carlistas, antes contra los liberales, ahora contra los «rojos». Al igual que la revolución francesa tuvo su Vendée, los procesos de modernización en España tuvieron sus propias guerras civiles que le midieron el pulso. Esta ideología heredada de sus abuelos, traspasaba a la sociedad de una provincia rica eminentemente agrícola. Por eso la tierra, la religión y la tradición cultural heredada no les hizo dudar de en qué bando se encontraban. Eran los valores y las relaciones que sustentaban el orden establecido las que debían ser defendidas, las reglas de identidad de la comunidad, terminar con ellas era terminar con el mundo de siempre. La misma idea se extiende por otras zonas del agro peninsular, pero lo importante aquí es la capacidad articuladora y movilizadora del carlismo, la fuerza organizativa que tiene entre la población. La imagen del requeté es la de las bases que luchan por la causa franquista, junto a falangistas y acción ciudadana. Por lo tanto con el golpe de Estado militar se desencadenó una amplia movilización derechista, que se encontraba predispuesta a secundar iniciativas del

ejército, la cual debió desempeñar tareas propias de una coyuntura bélica. Por extensión el navarro será mostrado como el buen católico, el buen español que lucha junto a la causa justa, eliminando cualquier conflicto que pudiera haber existido en su sociedad.

La movilización que vivió la población navarra desde el comienzo de la guerra su relación con el frente, la defensa de la religión y de las tradiciones marcarán la construcción de monumentos a los caídos y creará unos profundos lazos entre frente y retaguardia por medio de la presencia de la muerte y el recuerdo. El discurso del régimen para glorificar a los «caídos» en Navarra es el mismo que en el resto de España, existe una uniformidad para todo el territorio español: murieron frente a la «barbarie roja».

En Navarra los muertos venían del campo de batalla y eran recibidos como héroes y llevados al cementerio, la comunidad se cohesionará en torno a las víctimas y tomará represalias en aquellos que rompen con dicha unidad y no comparten sus mismas ideas. Las ceremonias para honrar a los caídos en el frente se pueden comparar con las realizadas en todo el territorio nacional durante la inmediata posguerra, en torno a los fusilados de derechas. Los actos serán similares: se llevaba el cadáver en procesión desde la entrada hasta la iglesia, se velaban toda la noche sus restos, haciendo guardia junto a la familia sus compañeros de armas. Se oficiaba una misa y se conducía en procesión al cementerio. Todo el pueblo iba detrás mostrando su apoyo.

Posteriormente se levantarán monumentos en todas las localidades. La cruz, un elemento representativo del cristianismo y presente en el paisaje rural desde siempre, será el símbolo obligatorio en todos los monumentos. Junto a ella, en el basamento, los emblemas del movimiento. Uniformidad también en los monumentos que debían seguir con la máxima de austeridad del régimen, necesaria porque la economía precaria no permitía excesos en materiales o estructuras y también porque el estado marcaba las directrices en la construcción de los monumentos: nada que reste importancia al símbolo de la cruz.

La presencia de toda la población y de las autoridades en la inauguración de los monumentos y en los actos de memoria a los caídos que se sucederían todos los años, servía para mostrar la adhesión profesada hacia el régimen y fortalecía el poder local. Por lo tanto existía una doble utilización política, no sólo desde las élites franquistas sino también dentro de cada comunidad. Eran ocasiones para recordar lo que había ocurrido y por qué ellos gobernaban y debían gobernar, eran momentos para volver a señalar las diferencias entre vencedores y vencidos y fortalecer su situación bajo la unidad de una parte de la población que estaba bajo la cruz y el silencio del resto.

En este ir y venir hacia el cementerio tendrá una visible importancia la negra presencia de las mujeres, sobre todo de las madres y esposas de los que habían ido a luchar y no volverían más.

La imagen de la madre que ha perdido a sus hijos suele aparecer en todos los monumentos a la memoria de los caídos en las guerras de todos los países. En la España franquista además de ser utilizada como imagen del dolor profundamente emotiva y como idea belicista, algo no exclusivo del bando franquista, trasciende a lo que el nuevo régimen desea de la mujer. Ser madre es la función fundamental que tiene reservada a la mujer, por ello cuando en los

años cuarenta, desde los constantes discursos, se ensalza el sacrificio de las madres de los combatientes también se está ensalzando el lugar donde se desea colocar a la mujer en el nuevo régimen.⁹ Esta similitud del discurso supone una cercanía hacia el pueblo y no es difícil ver la asimilación de éste por una gran parte de la población. Esta equiparación es utilizada en todas las coyunturas posbélicas, la madre patria, la Victoria, arrojando y mandando a sus hijos a la guerra.

Desterrada de la esfera política, del mundo laboral reconocido, participa en la nueva sociedad por medio de sus maridos y sus hijos, como lo hizo en la guerra. Ella, la que va de la tumba al monumento, la que recuerda el dolor será transmisora y conformadora de la memoria histórica. La madre, desde la retaguardia, también participó en la lucha viendo truncada su vida familiar. La obra creadora de la madre se ve destruida por la guerra, ... pero al pié de los monumentos se les dice que su sacrificio merecía la pena: «En medio del dolor que me causa tu muerte, estoy orgullosa de haber dado un hijo a la patria por Dios». Era la madre del mártir. Tras los parapetos crueles se batían aún otros tres hijos de sus entrañas. Ella les había dicho a cada uno, al partir:

Vas a combatir, hijo mío, a ocupar el lugar de tu padre. Lucha con el mismo entusiasmo con que él lo habría hecho. No temas a la muerte. Yo te quiero con todo mi corazón; pero si Dios te reclama y España te necesita, sabe morir por Dios y por la patria, ya que una muerte tan gloriosa no es morir.

Dando un paso más allá, Navarra también será madre que «ha gestado una generación gloriosa de verdaderos guerreros mártires de Cristo Rey». Como las madres, como las viudas que lloraban la pérdida de sus hijos en el frente «Navarra entera vive en dolor, pero dolor resignado, dolor gozoso de martirio. Más, al fin, dolor».¹⁰

Y si existía una razón última que podía justificar la lucha, por la que merecía morir, que daba sentido a la vida y a la muerte, ésa era la lucha por la religión. Por lo tanto, en todos los actos conmemorativos, en todas las misas de *Te Deum*, en cada aniversario, se evocará ante la población el fin último por el cual habían muerto y el régimen, desde la prensa y los noticieros, recordará lo que Navarra había aportado a la «cruzada».

Ya durante la guerra se organizarán colectas para ayudar en el culto, para las «iglesias devastadas», y en medio de la precariedad que impone una guerra era una manera de luchar contra el fuego destructor que había ardido en otras regiones. Se entregaban manteles, imágenes, ... se bordaban mantos, todo lo que había sido destruido volvía a intentar ser restituido, aunque fuera en lo mínimo, para restaurar el culto en las zonas que estaban siendo conquistadas. Las provincias se dividían entre martirizadas y las que ayudaban a las mártires. Navarra estaba en los dos casos, ayudaba a restablecer cultos y tenía a una gran parte de su población masculina luchando en el frente, porque la femenina estaba en la retaguardia y su función era la de orar y sacrificarse por los que luchaban en el frente. La sociedad navarra participaba doblemente.¹¹

Si la defensa de la religión fue lo que hizo que las milicias ciudadanas acudieran a la plaza del Castillo en Pamplona cuando se proclamó la sublevación en ayuda de ésta, si era la tradición carlista y el catolicismo lo que hacían tan importante la defensa del *statu quo* para muchos de los navarros, entonces todos ellos, desde el discurso franquista, murieron por la patria defendiendo la religión católica y por lo tanto al morir alcanzaban la categoría de

mártires. La noción de martirio fue utilizada por el régimen en todas las ocasiones que se recordaron a los muertos, no sólo aplicada a los religiosos sino a todas las bases derechistas movilizadas. Se realizó una politización de lo sagrado. Y una sacralización de los espacios de luto: las tapias de los cementerios y las fachadas de las iglesias portaban listados de los caídos «nacionales», la población las leía cuando iban a misa, cuando subían al cementerio a poner flores en la tumba de sus familiares, la presencia de los ausentes era constante en una sociedad de luto y lágrimas.

Navarra, como ninguna otra provincia ha tenido sus mártires, así llamados de la fe, los mártires pacíficos de las hordas llevaron a la muerte como masas de ovejas, emulando aquellas la ferocidad de las bestias o la dureza de las entrañas de los emperadores romanos, y ellos el generoso y voluntario ofrecimiento de los cristianos de las catacumbas, de los circos y de los anfiteatros.

Detrás, la idea de sacrificio, de muerte gloriosa, cantada por los legionarios, del que encuentra su hora en una bala en el frente, y la muerte resignada de los fusilados en retaguardia tendrán sentido y serán ensalzadas. En los pueblos navarros se iban celebrando constantemente misas por los hombres que luchaban en el frente y misas por los fallecidos cuando iban llegando a sus casas. Las misas por las almas de los caídos durante la guerra de España se unen con las de los caídos de la División Azul que partió hacia el frente ruso en apoyo de los alemanes. De esta manera los crespones seguirán engalanando los actos oficiales de las localidades navarras durante muchos años. Pero la importancia de la presencia carlista en el frente llevará el recuerdo de sus muertos más allá de la comunidad.¹²

Traspassando el ámbito local, sus muertos son recordados en muchas ciudades como participantes en la lucha y extienden sus cruces por toda la geografía nacional señalando los lugares en los que se desarrollaron las batallas más emblemáticas en las que intervinieron. Las asociaciones privadas pusieron mucho celo en la realización de esta tarea.

La asociación de ex-combatientes de la IV División de Navarra quiso tener monumentos en todas los frentes, lugares y batallas donde tuvieron una presencia importante los soldados navarros, nos servirá para ejemplificar lo que buscaban al realizar estos homenajes a sus compañeros.¹³ Era muy importante el lugar donde se ponían. La colocación de los monumentos debía hacerse en puntos reales pero cercanos a las carreteras para que pudieran ser vistos, si se ponían en lugares apartados como campos, montes o valles alejados del tránsito no tenían valor. Para determinar el emplazamiento se organizó una expedición formada por un representante de la firma constructora, el maestro de obras que era el encargado de la colocación de los monumentos y un obrero. Durante 44 días estuvieron recorriendo diferentes lugares de España, sobre todo de Cataluña, de todos los visitados eligieron 32 y desterraron 12. Dejaron tras de sí un rastro de hierros marcando los emplazamientos seleccionados.

Esta preocupación porque fueran vistos desde lejos y por todos los que pasaran nos demuestra que su función no era sólo la de recordar a los compañeros muertos en la batalla ya que no buscaban el lugar exacto sino simbólico por su proximidad. Lo más importante era que fueran fácilmente visibles y por medio de su visión contribuyeran a grabar su recuerdo en la memoria.

Todos los monolitos eran uniformes, recordando las leyes que rigen el mundo militar y llevaban la misma inscripción: «Cuarta División de Navarra a sus caídos en esta zona 1936-

1939». Solamente en el de Port Bou podía leerse: «A la memoria de los caídos de la IV División de Navarra que ocupó esta plaza el día 10 de febrero de 1939». En algunos sitios como en Gerona su monolito era más elaborado y se encontraba dentro de la ciudad.

Para tristeza de la asociación de ex-combatientes algunos ayuntamientos no ponían mucho entusiasmo ante la construcción del monumento cuando les pedían colaborar en los gastos de colocación. En todas las localidades se habían levantado sus propios monumentos a los caídos locales, sus lápidas en las iglesias, en el cementerio, sus cruces en los caminos o montes. Para las juntas gestoras era un agravante en los presupuestos. Pero, al mismo tiempo, la causa no podía ser desterrada, no se podían negar a recordar a los caídos por la causa. Las autoridades locales debían participar activamente en los recuerdos de las víctimas, junto al sacerdote y los representantes de la asociación siempre estaban el alcalde o el ayuntamiento en pleno de la ciudad.¹⁴

Cuando ya estaban erigidos, llegaba el momento del «bautismo» de los monumentos, se hacía una misa de campaña, por estar la mayoría en lugares apartados de las poblaciones, se leían los nombres de los combatientes y se colocaban flores a los pies del monumento. De esta manera entraban a formar parte de la comunidad. Con el tiempo su presencia estará integrada en el paisaje y en la cotidianidad ciudadana.

Conclusiones

El recuerdo de los muertos se edifica sobre la profunda y sangrante división de la sociedad española de posguerra. En Navarra la inmensa mayoría de los recordados oficialmente morirían en el frente de batalla y no en la retaguardia de sus pueblos. La importancia de su participación en la guerra desde el principio junto al bando franquista y su profunda religiosidad serán recordados constantemente en todas las celebraciones en honor a los caídos. Exaltación de una región que será bien acogida por una sociedad dolorida y deseosa de saber y escuchar que sus pérdidas han tenido un sentido que trasciende a sus propias vidas. Los ex-combatientes y los familiares asistirán a los actos en memoria de los caídos que se celebrarán alrededor de los monumentos. Las madres y las viudas recibirán medallas, a Navarra se le impondrá la *Cruz Laureada de San Fernando* que deberá grabar en su escudo como símbolo de distinción por parte del régimen. «Navarra, la provincia que antes que nadie y con más generosidad que nadie, entregó sus hijos para la cruzada sangrienta.»¹⁵ Su territorio se llenará de cruces como el del resto del territorio español.

Toda la población y las autoridades locales se congregarán en torno a los monumentos para rendir homenaje a los caídos ayudando a la construcción de una determinada memoria de la guerra civil que irá calando profundamente en la sociedad de posguerra, afianzando los poderes del nuevo estado y los valores surgidos tras la victoria franquista de abril de 1939.

Con el paso del tiempo la presencia de los monumentos a los caídos estará completamente integrada en el paisaje real y simbólico por el que se movía la población. La memoria que reproducían había sido asimilada y ya nadie se preguntaba por qué estaban ahí.

NOTAS

1. Sobre la memoria los estudios clásicos de Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire*, Paris, Presses Universitaires de la France, 1975 y *The Collective Memory*, Nueva York, Harper, 1980 (1ª ed. 1950) Desde la perspectiva política el trabajo de Paloma Aguilar, *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid, Alianza, 1996.
2. Un estudio sobre la imposición de nuevos cultos en Giuliana di Febo, *La santa de la Raza. Teresa de Avila: la introducción de un culto barroco en la España franquista (1937-1962)*, Barcelona, Icaria, 1988.
3. Desde la historiografía francesa se han estudiado profusamente los lugares de recuerdo, algunos ejemplos en Serge Barcellini, "La grande variété des lieux de mémoire", en G. Kantin y G. Manceron (coords.), *Echos de la mémoire*, París, Le Monde-Éditions, 1991, pp. 213-217, Michel Vovelle, "Cimetières, statues et monuments: lieux et rites funèbres du XIXème siècle à nos jours", en *La mort aujourd'hui*, Marseille, Ed. Rivages, 1982, pp. 141-157. y el ya convertido en libro clásico de referencia para estudios sobre la memoria dirigido por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1986, 3 vols.
4. Eric Hobsbawm & Theodore Range, (eds.), *The invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge, University Press, 1994.
5. Paloma Aguilar, "Agents of memory: Spanish Civil War veterans and disabled soldiers", en Jay Winter and Emmanuel Sivan (eds.), *War and Remembrance. In the Twentieth Century*, Cambridge, University Press, 1999, pp. 84-104.
6. Las cifras son de Julita Cifuentes Chueca y Mª Pilar Maluenda Pons, *El asalto a la República. Los orígenes del franquismo en Zaragoza (1936-1939)*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1995, pp. 28-29. Las cifras para Vitoria y Pamplona en Javier Ugarte Tellería, *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, p. 143. Para otras provincias en obras de la época Salvador Nonell Brú, *Los requetés catalanes del Tercio de Nuestra Señora de Montserrat en la cruzada española, 1936-1939*, Barcelona, Editorial Casulleras, 1956 y del mismo autor, *Así eran nuestros muertos del Laureado Tercio de Requetés de Nuestra Señora de Montserrat*, Barcelona, Casulleras, 1965. Jose Mª Escalera, *Banderas victoriosas: Falangistas y requetés en los frentes de Andalucía*, Sevilla, [Imprenta Alvarez], 1939; José Mª Zugazaga, *Cruz de requetés: (apuntes del Alzamiento en Burgos)*, Madrid, [Imprenta M. G. Alberto], 1942; Juan Urra Lusarreta, *En las trincheras del frente de Madrid: (memorias de un capellán de requetés, herido de guerra)*, Madrid, Fermín Uriarte, 1967 y Emilio Herrera Alonso, *Los mil días del Tercio Navarro: (Biografía de un tercio de requetés)*, Madrid, Editora Nacional, 1974. Más recientes José María San Juan Gil, *Los requetés riojanos en la guerra de España*, Madrid, J.M. San Juan Gil, 1988, Javier Nagore Yernoz, *Espíritu y vida en los tercios de requetés: (1936-1939)*, Madrid, Comunión Tradicionalista Carlista, 1990, Luis Fabián Blázquez, *Riesgo y ventura de los tercios de requetés*, Madrid, Actas, 1995 y *Guerra civil, frente de Asturias: (de Llanes a Gijón con los requetés)*, Gijón, Ateneo Obrero de Gijón, 1995. Sobre la organización antes de la guerra un testimonio en Jaime del Burgo, *Requetés en Navarra antes del Alzamiento*, San Sebastián, Editorial Española, 1939.
7. Ronald Fraser, *Recuérdalo tu y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 1973, tomo II, p. 305-399.
8. Testimonios de este tipo recogidos por Ronald Fraser en *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, vol. I, p. 167.
9. Sobre el tratamiento simbólico de la mujer en Christiane Massonnet, "Patrimoine méconnu, la figure de la femme dans les monuments aux morts de la guerre de 14-18 dans les Bouches-du-Rhône", en *Provence historique*, vol. 31, 1981, pp. 263-270.
10. Los entrecuñados pertenecen a Teodoro Toni Ruiz, *La lección de Navarra*, Burgos, Aldecoa, 1938, el primero a la p. 16 y los dos últimos a la p. 12. Sobre la utilización de la maternidad durante coyunturas bélicas en Mary Nash, *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*, Madrid, Taurus, p.99 ss.
11. La juventud femenina de Acción Católica organizan actos en mayo de 1937 por los que luchan en el frente dato reflejado por Teodoro Toni Ruiz, *La lección...*, p. 23.
12. Sobre la ensalación de la muerte en A. Ciriaci, *La estética del franquismo.*, Barcelona, Gustavo Gili, 1977. Sobre la División Azul una obra de la época: J. L. Gómez, *Los bravos de "Semíramis": [Reportaje en torno a los repatriados de la "División Azul"]*, Pamplona, Edit. Gómez, 1954.
13. En la sierra de Puig Caballe, en la sierra de Pandols, en la cresta de Puig Caballe, en Fatarella de Ebro, en la carretera general de venta Camposines a Fatarella y cruce con la de Villalba de los Arcos, en Juncosa, en la carretera de Tirans a Juncosa, en Cabra del Campo en su carretera general de Lérida a Tarragona y en la del Pont de Armentera a Calafell, en Queolpuerto, en Abrera, al margen de la carretera general de Madrid a la Junquera en Felio A. Vilarrubias Solanes, *La IV División de Navarra: por la ruta del honor y de la fe, 1936-1939*, Barcelona, Hermandad de la IV División de Navarra en Cataluña, 1995.
14. Frente a ellos otros ayuntamientos, como el de Murcia, corrieron con todos los gastos en Vilarrubias Solanes, *La IV División de Navarra: por la ruta del honor y de la fe, 1936-1939*, Barcelona, Hermandad de la IV División de Navarra en Cataluña, 1995.
15. Entrecuñado del libro de Teodoro Toni Ruiz, *La lección...* Burgos, Aldecoa, 1938, pp. 11 y 12. Sobre la imposición de la Cruz Laureada a Navarra, Ramón Salas Larrazabal, *Cómo ganó Navarra la Cruz Laureada de San Fernando*, Madrid, [Industrias Gráficas España], 1980.

RESUMEN

En este artículo vamos a acercarnos al estudio de la construcción de la memoria por medio del análisis de los actos que se realizaban alrededor de los monumentos de los caídos. Navarra nos ofrece un doble campo de análisis ya que quedó desde el primer momento dentro del bando franquista durante toda la guerra civil y desde el primer momento se estuvieron ensalzando los caídos, los cuales venían del frente. Terminada la guerra se construyeron monumentos en honor a los requetés navarros muertos, en muchas provincias del Estado español. Su sacrificio será unido posteriormente con la División Azul siendo duelo y luto constantes en la vida oficial y política de la Navarra de postguerra.

Palabras clave: Guerra de España, Franquismo, Construcción de la Memoria, Monumentos.

LABURPENA

Lan honetan oroimena nola eraikitzen den aztertuko dugu. «Erorien» aldeko oroitarriak lagun, egin ziren ekitaldiak izan dira ikerketagai. Nafarroan, azterketarako eremua bikoitza da. Gerra zibilaren hasieratik garaielen esku egon baitzen, bada, lehenbiziko unetik frontetik ekarritako eroriak goratzen aritu ziren. Gerra akitu bezain laster, Estatu osoan, oroitarriak eraiki ziren hildako nafar erreketeen alde. Gerran hildakoena «División Azul» delakoan parte hartu zutenen sakrifizioarekin lotu zen, era honetan, horien aldeko oroimena eta dolua, Nafarroako gerraosteko bizitza ofizial eta politikoa present egon ziren.

Gako-hitzak: Espainiako Gerra, Frankismoa, Oroimenaren Erakitzea, Oroitarriak.

ABSTRACT

In this study a close look is taken at the construction of remembrance by analysing the ceremonies carried out in and around the monuments to the fallen. Navarra offers us a double field of analysis due to the fact that from the first moments of the Civil War it clearly positioned itself on the Francoist side and that from the beginning the fallen, returned from front lines, were exalted. Once the war had finished monuments were built in many provinces of the Spanish State to the dead Navarran volunteers. Their sacrifice would be later joined to that of the *Division Azul* (Blue Division) and bereavement and mourning would form a constant part of public and political life during the post-war years in Navarra.

Key words : Spanish War, Francoism, Construction of Remembrance, Monuments.